



CAPÍTULO I

La identidad de San José
en los evangelios canónicos

Dra. Wilma Mancuello González, MIC.

Religiosa de la Congregación Misioneras de la Institución Claretiana. Doctora y licenciada en Ciencias Bíblicas por el Pontificio Instituto Bíblico (Roma). Magíster en Antropología Social por la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción (Paraguay); licenciada en Ciencias Eclesiásticas y bachiller en Teología por el Centre Teològic Salesià Martí-Codolar (Barcelona, España). Profesora de la Facultad Eclesiástica de Sagrada Teología y de la Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Católica Nuestra Señora de la Asunción (Paraguay). Autora de varios artículos académicos y libros; entre ellos destaca su tesis doctoral “Lección de una madre hebrea. Exegesis de Proverbios 31, 1-9”, publicada por la editorial PPC, y su más reciente obra, *Del desconsuelo al anuncio misionero*, publicada por la editorial San Pablo.

Resumen

El artículo busca describir la identidad de san José atendiendo a los datos ofrecidos por los Evangelios canónicos, instrumentos eficaces de comunicación de Dios con los cristianos. En ellos, la identidad de san José aparece configurada desde tres ejes: su relación con María, con Jesús y con Dios. Se subraya que la noticia más antigua sobre quién fue José apunta a la figura de padre educador de Jesús; el hombre que lo dotó de una profesión digna en el contexto de una educación marcada por la libertad, el cariño y la corrección. Sobre su relación con María, los Evangelios afirman que es su esposo el hombre que aprendió a amarla, la protegió, respetó su libertad y su vocación personal según el plan de Dios, viviendo con ella una historia de amor diferente al resto de las parejas humanas. Sobre su relación con Dios, Mateo anuncia que José fue un hombre de fe y de obras a modo de los grandes profetas y del patriarca Abraham. Lucas proclama que José mantiene un trato mediatizado con Dios por medio de sus mensajeros humanos. Por tanto, es un modelo de creyente cercano a las historias humanas de todos los tiempos y de todas las culturas.

Palabras clave: José, identidad, misión, paternidad, educador, profeta.

DOI CAPÍTULO I: [HTTPS://DOI.ORG/10.31908/EUCP.59.C598](https://doi.org/10.31908/EUCP.59.C598)

Para citar este capítulo: Mancuello, W (2021). La identidad de San José en los evangelios canónicos. En Mayor Tamayo, Jhon Fredy (Ed.), *San José, el amigo de Dios que tiene un corazón de padre* (pp. 11 – 34). Editorial Universidad Católica de Pereira.

Introducción

Iôsep (José) es un nombre conocido en la tradición bíblica; probablemente, un diminutivo del nombre teofórico *Yôsip-yáh* (Esd 8,10) y significa “el Señor me dé otro” (Gn 30,24). Es decir, “el Señor añade al niño recién nacido y tantos otros” (Fitzmyer, 1987, p. 111). Es un nombre adecuado para quien desea tener una familia numerosa. La tradición cristiana, por su parte, hizo de san José un anciano, una imagen del santo que ha prevalecido durante siglos en la Iglesia.

Siendo escasos los datos sobre José en el NT, la piedad tradicional ha bebido abundantemente en los textos apócrifos, como el Proto-evangelio de Santiago, donde es presentado como un anciano, viudo con hijos e hijas cuando se casó con María (Proto-Evangelio de Santiago 9,2; Historia de San José 15,1). Estas noticias indujeron a la piedad cristiana a presentarlo como anciano que parecía más un abuelo que un padre de Jesús, y más un padre de María que un esposo.

Es preferible atenerse a los escritos canónicos por más escasas que parezcan las noticias. Nos centramos sobre los datos evangélicos; demostraremos que son suficientes para conocer su persona y amarlo *fili filiaequae corde* y hacer justicia a su nombre, padre de una muchedumbre. El artículo se estructura en dos partes; en primer lugar, rastreamos la figura de José en los Evangelios, y sobre esta base, en segundo lugar, presentaremos su identidad desde las tres relaciones que configuran su existencia: su relación con Jesús, con María y con Dios.

1. Los datos evangélicos sobre José

El hilo conductor de los Evangelios es la identidad de Jesús; con mayor razón aquello que da coherencia a los primeros capítulos de Mateo y Lucas. De ahí que los personajes que aparecen en los Evangelios estén subordinados a la revelación progresiva del misterio de Jesús, incluido, de modo particular, José, hijo de David.

En los escritos neotestamentarios se menciona a José, esposo de María y padre de Jesús, de manera sobria y respetuosa, por su nombre *Iōsēph*, 14 veces (Mt 1,16.18.19.20.24; 2.13.19; Lc 1,27; 2,4,16; 3,23; 4,22; Jn 1,45; 6,42). Es nombrado como “José, el carpintero” en Mt 13,55, que bebe de Mc 6,3, en donde Jesús es llamado “el carpintero”.

Es conocido José, por tanto, fundamentalmente, en las narrativas de la infancia de Mt 1–2 y Lc 1–2; textos que se escribieron “dentro de todo el proceso de composición que fijó por escrito la tradición evangélica” (Fitzmyer, 1987, p. 43); relatos “tan profundamente cristianos y dramáticamente persuasivos como los tres últimos, los que narran la pasión y la resurrección de Jesús” (Brown, 1982, p. 33). Y es preciso leerlos como tales. Ofrecen su mensaje al tiempo que generan emociones y sentimientos, crean imágenes para reconocerse como cristianos; proclaman la buena noticia que se hizo carne en la vida humana de Jesús como Hijo de Dios. De este modo son instrumentos eficaces de comunicación del Evangelio que despierta el interés del auditorio y lo interpela (Noguez Alcántara, 2018). Ambos libros se acostumbran a datar entre los años 70-80 d. C. por razones literarias, teológicas e históricas (Brown, 1982; Luz, 1993; Perrot, 2000; Bovon, 2005).

Siguiendo a pie juntillas las indicaciones de los Evangelios canónicos, sabemos que José es hijo de Jacob (Mt 1,16) y de Elí (Lc 3,23). Era originario de Belén (Lc 2,4), descendiente de la familia de David (Mt 1,20; Lc 1,27; 2,4), y ejercía el oficio de carpintero o artesano (Mt 13,55). Los detalles de semblanzas son desconocidos, así como las referencias a su nacimiento y a su muerte.

Por Lc 1,26 sabemos que José estaba comprometido con María de Nazaret a una edad probablemente joven, y por Mt 1,18-25, que obedece a la invitación del ángel para llevar a la prometida a su casa, embarazada por obra del Espíritu Santo, y asume así la paternidad de Jesús. Según Mt 2,16, ayuda a María en el nacimiento del bebé y permanece con su familia en Belén durante un cierto tiempo.

De acuerdo a los datos de Mt 2,13-18, para proteger a la madre y su bebé de la persecución homicida de Herodes, José se ve obligado a huir de Palestina y refugiarse en Egipto, sin paradero preciso, donde vive durante un periodo no especificado hasta la muerte del tetrarca. Y según Mt 2,22-23, enterado de la sucesión de Arquelao al trono (año 4. a. C.), José regresa con su familia a Palestina, donde elige establecerse en Nazaret de Galilea. Conforme al relato de Lc 1,26-38, José vivía en Nazaret, pero no se ocupa de relatar las vicisitudes del embarazo milagroso de su esposa. Después del nacimiento de Juan Bautista (1,57-80), Lucas narra el nacimiento de Jesús en Belén en el contexto del censo ordenado por el emperador César Augusto (2,4). Las dos versiones de Mt y Lc coinciden en que Jesús nació en la ciudad de Belén, donde, según Lc 2,4, José había ido para inscribirse con su esposa e hijo en el registro civil del rey Herodes.

En el relato de Lc 2,21-50 se nos narra una serie de acontecimientos que subrayan las tradiciones religiosas de José: cumplimiento de la circuncisión y la imposición del nombre al niño (v. 21), la purificación de la madre (v. 22), el rescate del primogénito presentado en el templo (vv. 23-38) y la peregrinación anual desde Nazaret a Jerusalén (vv. 41-50). Y, por último, nos cuenta que la familia se instala en Nazaret, en donde lleva una vida sencilla y ordinaria (Lc 2,39-40.51-52; Mt 2,22-23). Al parecer la condición social de la familia de José era modesta, no miserable sino digna y estable (Lc 2,22-24).

2. La identidad de José

¿Quién es José según los Evangelios canónicos? En la Escritura hablar de identidad es hablar de misión. Son dos caras de la misma moneda,

íntimamente relacionadas la una con la otra. Nos acercamos a ella desde tres ejes que configuran la vida de José en los Evangelios: 1) la relación de José con Jesús, 2) la relación de José con María y 3) la relación de José con Dios.

2.1. La relación de José con Jesús

San Pablo en su Carta a los filipenses nos dice que Jesús se hizo en todo semejante a los hombres (2,7). Esta similitud real nos descubre a Jesús con todas las necesidades materiales, afectivas y psicológicas que tiene cualquier persona humana; entre ellas, la de tener un padre, una figura masculina que le sirviera de modelo, de educador. Para todo ello el Padre Dios escogió a José, a quien los coetáneos de Jesús consideraban su padre *putabatur filius Ioseph* (Lc 3,23) o, llanamente, “el hijo de José de Nazaret” (Jn 1,45; 6,42) en el Evangelio canónico más reciente, escrito, probablemente, alrededor del año 100 d. C. (Brown, 1999, p. 104). En la tradición teológica se ha utilizado una multiplicidad de epítetos para hablar de la paternidad de José (Boff, 2007), pero es de justicia reconocer que se trata de una empresa difícil porque los Evangelios no le dan ningún calificativo.

2.1.1. El testimonio de Marcos. En Marcos, el Evangelio más antiguo (año 70 d. C.; cf. Gnllka, 1998; Marcus, 2000; Noguez, 2018), ante una inusitada predicación de Jesús en la sinagoga de Nazaret, se interrogan sus compueblanos: “¿No es éste el carpintero, el hijo de María y hermano de Jacobo, José, Judas y Simón? ¿No están sus hermanas aquí con nosotros? Y se escandalizaban a causa de Él” (Mc 6,3).

Así se nos da conocer la profesión de Jesús: “¿No es éste el carpintero...?”; dato que nos remite a su padre, José, el carpintero o artesano nombrado en Mt 13,55 (*ho téktōn hyiós*). La familia representa una colaboración significativa para la educación de los jóvenes en el antiguo Israel (Estes, 2011, pp. 15-37) porque en la tradición bíblica la formación de un niño es tarea de los padres (Pr 1,8; 6,20), donde se exhorta sin rodeos: “Enseña a un niño el camino que debería seguir, e incluso en una edad avanzada no se desviará de él” (Pr 22,6).

Por eso la noticia tan antigua sobre el oficio de Jesús nos da a conocer que José fue un hombre ocupado en la educación profesional de Jesús encarnando las enseñanzas de los maestros de Israel: “Enseña a tu hijo y trabaja con él, para que no tropieces con su desvergüenza” (Sir 30,13) y cumpliendo la ley judía: “Cada cual enseñará siempre a su hijo profesiones decentes y fáciles y ha de orar a Aquel de quien son la riqueza y los bienes...” (*Quidushin* IV,14. cf. I,7). Hay que añadir también, aunque no sean datos de Marcos, las cosas más ordinarias como saber leer y escribir (sugeridos en Lc 4,17-19 y Jn 8,6.8) y saber encender el fuego y cocinar (Jn 21,9) (Pedroli, 2019).

En resumen, José fue el hombre que dotó al Hijo de Dios de un futuro previsible, lo formó equipándolo para ganarse la vida con una profesión digna y estable (Mancuello y Medina, 2020).

2.1.2. El testimonio de Mateo. El Evangelio de Mateo es el que mayor noticia nos ofrece sobre la figura de José. En algunos textos podemos vislumbrar su relación con Jesús, como padre y custodio, una misión nada secundaria en el plan de Dios. Porque a través de su paternidad Jesús se inserta en la familia de David según la genealogía de 1,1-16 (Lc 3,23-38), que, tal como lo demuestran Luz (1993) y Pedroli (2019), tiene “función legitimadora”. De hecho, Mateo aplica, más frecuentemente que los otros autores del NT, el título de “hijo de David” a Jesús, y José es la única persona del NT, distinta de Jesús, que recibe ese mismo título (Brown, 1982). Tales datos subrayan la relación especial de paternidad de José con Jesús y pertenece al querer de Dios. Así Dios lo quiso y lo dispuso. Y José lo quiso y aceptó encarnarlo.

Mateo nos dice, por eso, al inicio de su obra que hubo un hombre llamado José que acogió a Jesús como hijo desde antes de nacer (1,18-25) y como una suerte de paralelo, al final de su vida, refiere otro hombre llamado José (de Arimatea), un discípulo secreto, que pidió a Pilatos su cuerpo (27,57-58) y, una vez obtenido, “tomando el cuerpo, lo envolvió en una sábana limpia” (27,59) y lo colocó en el sepulcro (v. 60), una obra propia de los discípulos en la tradición hebrea (Mc 6,29; Mt 14,12). De manera que

Jesús, el Hijo de Dios recién nacido, envuelto en pañales fue recibido por un hombre llamado José de la casa de David, y otro hombre, también, de nombre José, una vez muerto lo recogió envuelto en sábanas y lo puso en el sepulcro. Una inclusión llamativa, un detalle relevante y discrepante en el paralelismo: el primer José lo protegió y lo salvó de la muerte violenta cuando era un bebé (2,13-18); en los momentos más difíciles demostró de modo elocuente ser su padre (Stock, 1999).

El episodio de Mt 1,18-25 puede ser leído como un relato vocacional de modo análogo a Lc 1,26-38 (Muñoz Iglesias, 1990; López González, 2020). Está centrado en José y caracteriza su existencia. Se le encomienda poner el nombre “Jesús” al niño concebido en el seno de María, pues “salvará a su pueblo de sus pecados” (v. 21). José, poniendo el nombre al niño, lo adopta como hijo ante la ley de su pueblo y lo introduce en la casa de David; significa que lo protegerá para que lleve a cabo una misión que en el Antiguo Testamento era exclusiva de Dios (Gómez Fernández, 2021). Así Mateo presenta la vocación de José entrelazada con la misión de Jesús. En el AT la imposición del nombre es atributo del padre o de la madre, biológica (Gn 4,26; 5,3.29; etc.) o legal (Gn 30,6.8.11.13). El evangelista nunca lo llama padre porque este título lo reserva a Dios, pero de hecho José se comporta en todos los aspectos como tal. La voz de Dios mediada por el ángel y el narrador lo ponen en el rol de padre sin darle el título según los episodios de 2,13-15.18.23 (Stock, 1999; Pedrolí, 2019). Es el “hijo de David que adopta al Hijo de Dios” (León-Dufour, 1982). Por eso se puede decir que la adhesión de José al plan de Dios completa el asentimiento de María a la llamada divina según Lc 1,26-38.

2.1.3. El testimonio de Lucas. En el Evangelio de Lucas son el narrador (2,27.33.43) y María los que nos dicen quién es José para Jesús. María lo hace en el contexto del relato sobre la peregrinación a Jerusalén (2,40-52), ocasión para Jesús de hacer experiencia de autonomía y poner en apuros y en crisis a sus padres. María le regaña a Jesús diciendo: “Tu padre y yo te hemos buscado llenos de angustia” (v. 45). Nombrar primero a José y ella colocarse en un segundo lugar no es una fórmula de cortesía, sino lo normal, en el Nuevo Testamento, sería decir: “Yo y tu padre” (Lc 1,18;

21,8; Jn 10,30; 1Cor 9,6). Con esta formación María reconoce y evidencia explícitamente que José es paterfamilias y cuál es su relación con Jesús: su padre educador.

Es un detalle cargado de significación, no es un conflicto cualquiera. La Ley manda honrar al padre y a la madre (Ex 20,12; Lv 19,3; Dt 5,16) y es tajante con los hijos que quebrantan a sus padres, sobre todo, con los que incurrir reiteradamente en la desobediencia (Dt 21,18-21). Los sabios de Israel acentúan la finalidad pedagógica del cuarto mandamiento en Proverbios y en Sirácida, su función religiosa (Prato, 1988). José es el padre del muchacho que se ha quedado en la capital sin permiso ni aviso. Suena fuerte y descortés la respuesta de “Jesús que desbarata los cálculos de sus padres” (Bovon, 2005, p. 227): “¿Por qué me buscabais? ¿Acaso no sabíais que me era necesario estar en los asuntos de mi Padre?” (2, 49). Aquí emerge la figura de Jesús como un adolescente cualquiera que “al descubrir algo extraordinario, supone y quiere que todos, empezando por sus padres, lo sepan: “¿No sabíais?” (Lc 2,49). “Aquello que él sabe también ellos deberían saberlo” (Vanni, 2001). Y se trata de la paternidad de Dios: “Mi Padre” (Lc 3,22; 4,3.9).

Si Jesús demuestra tal libertad para empezar a definirse como persona y hablar sobre la paternidad de Dios delante de sus padres nos induce a pensar que ha sido educado en la libertad y en el cariño en la casa de José. Pero ha tenido que romper con él para poder encontrarle en un plano distinto. José se muestra disgustado y preocupado por el comportamiento del hijo adolescente. No lo entiende (Lc 2,50), pero no lo abandona; lo sigue acompañando, ya que vuelve, según v. 52, con ellos a la casa de Nazaret y sigue bajo su autoridad.

2.2. La relación de José con María

Los Evangelios mencionan a José de una manera que se aleja de lo habitual. Nos hablan de él, un varón, desde su relación con una mujer. Mateo nos dice de él: “José, el esposo de María” (1,16), “María, desposada con José”

(1,18), “José, su esposo” (1,19), “María, tu mujer” (1,20), “José [...] tomó consigo a su mujer” (1,24).

2.2.1. El testimonio de Mateo. La primera mención se halla en el contexto de Mt 1,1-17 que muestra la historia de Israel antes de Jesús como un largo viaje humano que va de generación en generación, de vida en vida: fulano generó a mengano y así sucesivamente. Hay algo extraño en el árbol genealógico de Jesús: aparecen juntamente reyes famosos y hombres sencillos como José, cuya identidad es definida por la aposición “el esposo de María”. Son mencionadas también cinco mujeres, y la última es María. Ella tiene el honor de cerrar la larga cadena genealógica que conduce a Jesús. No se dice de hecho, como es de esperar por coherencia estilística, “José engendró a Jesús”, sino “Jacob engendró a José, el esposo de María, de quien nació Jesús, llamado el Cristo” (v. 16). Una gramática no muy feliz en griego que obliga a la mente a detenerse en esta frase y sobre el misterio que esconde: el flujo lento de las generaciones se precipita inesperadamente en un fin definitivo: José y María, una relación de amor diferente que abre la puerta a Jesús, el Mesías.

José mantenía con María una relación sentimental. Según la costumbre en Israel, la mujer era prometida acabada su niñez y contraía matrimonio en su pubertad (12 a 13 años) mientras el varón, terminada su adolescencia (18 años) (*Pirkè Abot* 5,23). El matrimonio se celebraba en dos partes. La primera es el compromiso o desposorio, que tenía valor de matrimonio, aunque la muchacha seguía habitando con sus padres, y no podía romperse sino por el repudio; mientras que la segunda parte implicaba la cohabitación, que sucedía al cabo de un año más o menos. De acuerdo al relato de Mateo 1,19-20, es durante este periodo que María queda encinta:

¹⁹José, su esposo, siendo justo y no queriendo descubrirla, le vino la idea de liberarla secretamente. ²⁰Pero apenas tomada la resolución, un ángel del Señor se le apareció en sueños diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María —tu esposa— porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo.

Ser esposo de María le confiere a José unos derechos y deberes (Ex 201,17; Nm 30,13-15; etc.). El relator nos introduce en su interioridad, pretende que compartamos su perspectiva y nos cuenta que no quiere descubrirla, quiere guardar en silencio que el niño engendrado no es suyo: “Le vino la idea de liberarla secretamente”. Es algo imposible lo que piensa hacer, pues el repudio requiere dos testigos y es un acto público, en el que se devuelve la dote dejando a los contrayentes libres para otros matrimonios (Dt 24,1-4). ¿Por qué piensa así? En el caso del embarazo hubiese sido interpretado como adulterio, y se debía aplicar la lapidación (Dt 22,21).

Tal como habla de José, Mt 1,18-25 nos desvela su gran calidad y calidez humana como varón en su relación con María: una valoración y amor entrañable. Llega a pensar algo inviable para librarla del descrédito, de la deshonra y de las habladurías (Muñoz Iglesias, 1990). José recurre a otra ley y es la que se halla en el corazón, la ley del amor; a amar se manda en la Escritura (Dt 5,6; Lv 19,18; Jn 15,12-16.) porque es una actitud que se aprende (García López, 2001). Se trata de una ley mayor: amar a Dios y al prójimo (Mc 12,31).

El comportamiento de José con María tiene como base la síntesis de la Torá: el amor que protege y cuida (Mancuello y Medina, 2020). Por eso la justicia de José con María va más allá de cumplir lo que la Ley mosaica ordena (Mt 3,15; 5,6.10-11.20; 6,1.33). Con justicia el evangelista lo llama *justo*. Esta palabra frecuentemente en la obra mateana designa a las personas que obran acorde a la voluntad de Dios (Mt 10,41; 13,49; 23,35; 25,37.46; 27,4.24). Y en la literatura sapiencial justo equivale a sabio, y sabio es la persona amante del silencio y sabe tomar las decisiones correctas en cada momento de la vida (Mancuello, 2010). Por eso cualificar a José de justo en el contexto de su deliberación frente al misterio de la vida que lleva dentro su prometida es sumamente iluminador para conocer su persona: “Sus dudas tal como las presenta el narrador no son dudas acerca de María, sino consideraciones de qué debe hacer él” (López González, 2020).

Habiendo tomado la decisión, el Señor le pide a José que perpetúe su relación con María y que introduzca en esa relación, paradójicamente, el

motivo de mayor unión: el hijo que no es suyo. Es decir, la relación de José con María es una relación abierta a lo que el Señor quiere; no es una pareja abierta solamente a la vida, sino a la Vida de Dios que “salvará al pueblo de su pecado” (Mt 1,20). Alguien ha hecho notar la posibilidad de considerar a José el primer discípulo considerando su decisión de acoger a María a su casa, Arca de la Nueva Alianza (Lc 1,39-56) y madre de Jesús, en comparación con el discípulo amado que tras la muerte del maestro llevó a la madre de Jesús a su casa (Gómez Fernández, 2021).

Otra cualidad de esta relación es la protección, la custodia, tan apreciada en la tradición eclesial sobre el santo (Juan Pablo II, 1982; Francisco, 2020). Junto a Jesús, la protegida de José es María embarazada y parturienta (1,19-20; 2,13-15; Lc 2,1-7). En una sociedad como la israelita, la mujer necesita protección (Gn 34,25; Sir 42,9-14). José cumple esta misión por ser su vocación y encarna la convicción del orante sobre el Señor: “No duerme ni dormita, el guardián de Israel” (Sal 121,4).

2.2.2. El testimonio de Lucas. El tercer evangelista insiste cómo José y María han vivido fuertemente unidos en todos los episodios de la vida de Jesús (2,1-52). Habla de él de modo análogo a Mateo: “Una doncella desposada con un varón llamado José, de la familia de David, y el nombre de la doncella era María” (1,27); “José subió desde Galilea [...] con María, su mujer...” (2,4-5); “hallaron a María, a José y al niño recostado en el pesebre” (2,16).

Según el Evangelio de Lucas, María se mueve con mucha libertad tras recibir la visita del ángel y acoger su vocación de madre (1,26-38), y sin pedir permiso a su prometido, parte a la casa de Elizabet y permanece allí unos tres meses (Lc 1,39-45.56). No son datos históricos, pero nos permiten pensar que goza de la confianza de su esposo; sugiere que José no mantiene con ella una relación de tirantez y de control, sino de libertad y de confianza. Es su compañera en la contemplación: “Hallaron a María, a José y al niño recostado en el pesebre” (Lc 2,16); comparte con ella el sobrecogimiento ante el misterio de Dios en el niño recién nacido, y se maravilla con ella sobre lo que se decía de Jesús (2,33).

El otro episodio del que puede deducirse la relación de José con María es 2,40-52, considerado ejemplo narrativo único en el Evangelio por referir un episodio de juventud de Jesús (Rossé, 2001). A deducir del texto: ambos comparten el esfuerzo por comprender la obediencia de Jesús al padre. Ellos son sujetos gramaticales (“tu padre y yo”: v. 48) de la mayor parte de las acciones del pasaje: v. 41: “acostumbraban”; v. 42: “subieron ellos”; v. 44: “buscan”; v. 46: “encontraron”; v. 48: “se quedaron sorprendidos”; v. 48: “te buscábamos”, v. 50: “no comprendieron”. El susodicho relato se encuadra entre dos sumarios (vv. 40.52) dominados por terminología sapiencial, dato que nos consiente leer en clave de periodo de educación de Jesús. De los breves indicios se desprende claramente cómo José estaba unido a María en el amor y en la educación del muchacho. Educar implica sufrimiento porque implica corrección (Pr 3,11-12), José comparte con María el desconcierto por Jesús y la incomprensión (vv. 48.50) y son testigos de la incipiente opción existencial de Jesús de ser un don para la humanidad porque ha descubierto la paternidad de Dios (Vanni, 2001).

2.3. La relación de José con Dios

Conforme a un estudio nuestro muy reciente, el trato especial que José recibe de Dios radica en su amistad y familiaridad con Él a modo de los profetas y el patriarca Abraham (Mancuello, 2020, pp. 19-29).

2.3.1 El testimonio de Mateo. El Señor se comunica con José a través del sueño y le ordena lo que debe hacer en Mt 1,18-25; 2,13-15.19-23. En algunos textos veterotestamentarios los sueños son considerados un medio de comunicación de Dios con los hombres, por ejemplo, con Abraham (Gn 15,12), con los profetas (Nm 12,6); un libro profético anuncia que los sueños abundarán en la época mesiánica (Jl 3,1).

En los tres pasajes de Mateo que tienen a José como protagonista es el ángel del Señor el que se le aparece a José. La expresión “ángel del Señor” representa a Dios mismo en el AT (Gn 16,1-14; 22,11.15; Ex 3,2; Nm 22,22-35; Jue 6,11-22; etc.). Mateo tiene dos referencias más de admonición onírica: Los Magos a la vuelta de la visita al niño Jesús (2,12)

y la mujer de Pilatos cuando este estaba juzgando a Jesús (27,19), pero no hay ninguna aparición del ángel del Señor ni a los Magos ni a la mujer de Pilatos. Estos detalles nos avisan sobre la valía de José ante Dios como Abraham y los profetas; una figura relevante del tiempo mesiánico que irrumpe con la concepción virginal de Jesús.

Los tres pasajes comparten elementos literarios comunes de modo muy similares, notado por la mayoría de los exégetas:

Tabla 1. *La estructura literaria común consta de cuatro elementos: Contexto de sueño y aparición del Ángel del Señor; orden a José de hacer algo; ejecución de lo mandado por parte de José y unas citas de las Escrituras.*

<p>Contexto de sueño y aparición del Ángel del Señor:</p>	<p>1,20: "... he aquí un ángel del Señor se le apareció, diciendo:" 2,13: "... he aquí un ángel del Señor se le apareció a José en sueños diciendo:" 2,19-20: "... he aquí un Ángel del Señor se le apareció a José en sueños en Egipto diciendo:" 2,22: "... y advertido en sueños, partió para la región de Galilea".</p>
<p>Orden a José de hacer algo:</p>	<p>1,21-22: "José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte contigo a María, tu esposa, porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Ella dará a luz un hijo, al que pondrás de nombre Jesús, pues él salvará a su pueblo de sus pecados". 2,13: "Levántate, toma al niño y a su madre y huye a Egipto; quédate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo". 2,20: "Levántate, toma al niño y a su madre y regresa a la tierra de Israel, pues han muerto los que intentaban acabar con la vida del niño".</p>

<p>Ejecución de lo mandado:</p>	<p>1,24: “Cuando despertó José hizo lo que le había mandado el Ángel del Señor y le llevó a su mujer a su casa”.</p> <p>2,14-15: “José se levantó, tomó al niño y a su madre de noche, se fue a Egipto y se quedó allí hasta muerte de Herodes”.</p> <p>2,21: “Se levantó, tomó al niño y a su madre y entró en Israel”.</p>
<p>Citas de la Escritura:</p>	<p>1,22-23: “Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había hablado por medio del profeta, diciendo: <i>He aquí, la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel, que traducido significa: Dios con nosotros</i>”.</p> <p>2,15: “Y estuvo allá hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que el Señor habló por medio del profeta, diciendo: <i>De Egipto llama a mi hijo</i>”.</p> <p>2,23: “Y fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo que habían dicho los profetas: <i>Será llamado Nazareno</i>”.</p>

Los detalles que desconciertan a cualquier lector atento son el silencio de José y la aceptación, a primera vista, ciega de los mandatos divinos. José no responde con palabra, se compromete con hechos y obras a la llamada del Señor. Tal como se nos presenta su figura en su relación con Dios, y es la que elaboraron los primeros cristianos, reclama grandes figuras de la Escritura como Abraham y los profetas Oseas, Jeremías y Ezequiel. ¿Por qué?

En Mt 1,18-25 el Señor cambia a José su proyecto de vida, formar una familia normal con María, su prometida, a inaugurar un tipo de familia muy especial; aquella que se funda sobre la escucha de la Palabra de Dios y el cumplimiento de su voluntad (Mc 3,31-35; Mt 12,46-50; Lc 8,19-21). Y José lo acepta, ejecuta la orden sin protestar ni preguntar sobre los porqués. En 2,13-15 le ordena ir a un país desconocido como inmigrante

para salvar la vida del que ha de salvar al pueblo de sus pecados (1,21), y cuando ya estaba asentado, Dios le ordena volver a su patria (2,19-23). En los tres episodios la respuesta de José (1,24-25; 2,14.21-22) es ratificada con una cita de la Escritura (1,23; 2,15.23) y todos proceden de los libros proféticos, vale decir, en la vida de José se ha cumplido la Palabra de Dios; su respuesta ha permitido que la Palabra de Dios sea eficaz como la lluvia y la nieve que caen en tierra y no vuelven sino después de fecundarla (Is 55,10-13). Pero, de todos modos, puede inquietar el trato que Dios le dispensa a José, no cuenta con su libertad y le usa para sus propósitos.

En términos legales, en el caso de José, podemos hablar de derecho de familia violado, porque en la tradición bíblica formar una familia es un derecho consagrado y lo decide el varón según el derecho familiar (Gn 24,1-4).

Sin embargo, el Señor muchas veces trasgrede este derecho familiar. Así aparece en su relación con los profetas. A Oseas le pide casarse con una mujer prostituta de los cultos al dios Baal (Os 1,2-9) para expresar la infidelidad de Israel (Os 1,2c). El profeta lo ejecuta sin cuestionar lo que el Señor le pide. Incluso debe contraer matrimonio con ella por segunda vez habiendo ella incurrido en la prostitución (Os 3,1-5). Y Oseas responde a la llamada del Señor sin que el autor sagrado nos informe sobre los sentimientos del profeta. Sucede con Jeremías algo semejante. A este el Señor le pide no contraer matrimonio ni engendrar hijos porque el pueblo irá al destierro y el profeta debe comunicar este mensaje al pueblo con su propia vida (Jer 16,1-4.13). En ambos casos el Señor pide a los profetas que hagan algo sorprendente, un acto que contradice la Ley: casarse con una prostituta de los baales (Dt 7,3-5; Ex 22,13-21) o no contraer matrimonio ni engendrar hijos (Gn 26-28; 2,24; etc.). A Ezequiel, en cambio, lo convierte en viudo y sin hijos con la prohibición de hacer luto por ellos (Ez 24,15-27). (Mancuello y Medina, 2020, p. 25)

Con los profetas estamos ante figuras bíblicas muy especiales que gozan de una familiaridad única con Dios; por así decirlo, son propiedad especial

del Señor (Sal 105,15; 1 Cr 16,22). A ellos les llama a encarnar su mensaje jugándose sus proyectos de vida, su identidad de varón hebreo, expresada en el derecho de formar familia, un derecho trocado sin ser consultados, engendrar hijos y gozar de la compañía de la mujer amada, madre de sus hijos y herencia del mismo Dios (Pr 19,14; 5,15-19). A la luz de estas figuras proféticas podemos sugerir que Dios se relaciona con José a manera de los profetas, y un profeta muy particular, porque es un profeta sin pronunciar palabra verbalmente, el hombre del silencio. No necesita pronunciar palabras porque su vida es mensaje viviente de Dios que anuncia la llegada de la Palabra encarnada y cómo debe ser acogida y protegida. José, al aceptar su vocación, se convierte en profeta de la Buena Noticia de la Nueva Alianza: un Dios que es Padre que ama más allá de la biología, a cada uno en particular, se compromete con la vida de los indefensos del niño y de la mujer, y los protege de modo efectivo exponiéndose a la oscuridad de la historia humana: “Se levantó, tomó al niño y a su madre de noche y se fue a Egipto” (2,14).

La otra figura bíblica que reactualiza José es Abraham, llamado por Dios en Gn 12,1-10 a dejar su patria y marcharse a un país lejano y extranjero; este, sin protestar, emprende viaje con toda su familia. Su vocación es ser padre de un gran pueblo (v. 2), empresa de gran envergadura que recibe con disponibilidad y prontitud. La Escritura conoce a Abraham bajo varios apelativos, y uno de los sugerentes y que explica esa relación con el Señor es la de ser su “amigo”.

Pero tú, Israel, siervo mío, Jacob, a quien he escogido, descendiente de Abraham, mi amigo. (Is 41,8.)

Oh, Señor, Dios de nuestros padres. ¿No fuiste tú, oh, Dios nuestro, el que echaste a los habitantes de esta tierra delante de tu pueblo Israel, y la diste a la descendencia de Abraham, tu amigo para siempre? (2 Cr 20,7)

Y se cumplió la Escritura que dice: Y Abraham creyó a Dios y le fue contado por justicia y fue llamado amigo de Dios. Vosotros

veis que el hombre es justificado por las obras y no sólo por la fe.
(Sant 2,23-23)

Un trato de amistad implica complicidad y osadía para pedir algo, sabiendo que el amigo no se echará atrás (Ska, 2013); desde esta clave se puede comprender por qué Dios le pidió algo tan inesperado y sorprendente a José, sin muchas explicaciones. Y él le responde como alguien acostumbrado a tomar decisiones confiadas en la Voz que le llama. Abraham, el amigo de Dios, según las Escrituras, fue probablemente el otro modelo del que se sirvió el autor del Evangelio de Mt para esbozar lo que la tradición les había transmitido acerca del papá humano de Jesús, José, el carpintero y hombre justo.

2.3.2 El testimonio de Lucas. El tercer Evangelio no refiere ninguna comunicación directa de Dios con José por medio de su ángel. Nos resta deducir su experiencia de Dios de su convivencia con María y con Jesús. Por esta razón, José puede ser considerado desde la óptica lucana como el testigo más cercano de las obras más asombrosas de Dios en el mundo realizadas en la vida de María, convertida en casa del Espíritu Santo y “sierva del Señor” (Lc 1,35.38), y de la irrupción de la presencia de Dios en su íntimo núcleo familiar en la persona de Jesús, “el Hijo del Altísimo”, “Hijo de Dios” (Lc 1,32.35). Son acontecimientos que llaman al silencio, a la meditación asidua.

Así mismo, José se halla presente cuando los pastores visitaron al recién nacido para verificar el mensaje recibido por los ángeles (Lc 2,8-15). A ellos se les encarga la tarea de desvelar la mesianidad de Jesús que nace en Belén, pues, teniendo en cuenta el contexto mesiánico, hay que recordar que David era de Belén (Fitzmyer, 1987; Rossé, 2001), antes de ser rey era un pastor (1 Sam 16,11; 17,15.28.34; Sal 78,70). José permanece en silencio que evoca una actitud contemplativa: “Y fueron aprisa y encontraron a María, a José y al recién nacido acostado en el pesebre” (Lc 2,16). Esta es la única vez que Lucas refiere una escena de la familia completa con José. A propósito de lo acontecido en María, el evangelista narrativamente parece presuponer una comunicación de la pareja. Entonces, podemos

decir que José se relaciona con Dios en la perspectiva de Lucas, de modo análogo a como Dios lo hace con nosotros, los cristianos actuales: un trato mediatizado por sus mensajeros de carne y hueso, suposición que sitúa a José como modelo de creyente cercano de las historias humanas de todos los tiempos y todas las culturas.

Conclusiones

La identidad de José es presentada en los Evangelios íntimamente ligada a Jesús, a María y a Dios. El estudio realizado nos consiente llegar a las siguientes conclusiones:

1. La noticia más antigua sobre quién fue José apunta a la figura del padre educador de Jesús. Ha hecho cuanto estuvo a su alcance para dotar al Hijo de Dios hecho hombre bajo su protección de una digna profesión para ganarse la vida. Es en el Evangelio de Lucas donde este aspecto de la identidad y misión de José, una educación marcada por la libertad y el cariño, sin olvidar la disciplina que conlleva el cuarto mandamiento, emerge de modo particular: relato de la peregrinación al templo de Jerusalén (2,40-52). Aquí Jesús demuestra libertad para definirse como persona, relación especial con Dios hablando abiertamente de la paternidad de Dios delante de sus padres. José se muestra disgustado y preocupado por el comportamiento del hijo adolescente. No lo entiende, pero no lo abandona: lo sigue acompañando, ya que vuelve con ellos a la casa de Nazaret y sigue bajo su autoridad.
2. Mateo y Lucas subrayan que, gracias a José, Jesús se inserta en la familia de David (Mt 1,16) y pueden los escritos cristianos hablar con propiedad de que se trata del Mesías esperado por su pueblo y que, según Mateo, debía ser de la descendencia de David.
3. La misión de ponerle nombre al niño engendrado en el seno de María convierte a José en verdadero padre de Jesús (Mt 1,21), y de manera hábil, narrativamente, Mateo vincula la misión de José con

la de Jesús, y demuestra que José se ocupa de salvar a Jesús, un niño indefenso, de las amenazas homicidas de Herodes, marchándose a un país extranjero (2,13-15). José participa de la misión que el Padre Dios le encomienda a su Hijo Jesús.

4. Según los Evangelios, José es el esposo de María, el hombre que aprendió a amar entrañablemente a su prometida, la protegió, respetó su libertad, su lugar y su vocación personal según el proyecto de Dios. Vivió con ella una historia de amor diferente al resto de las parejas humanas, una relación abierta al plan de Dios, y fue el matrimonio vocacionado a abrir las puertas de su hogar a la Palabra de Dios hecha carne. Y como esposo compartió con ella los quebrantos y los gozos de la educación de Jesús: humana y religiosa.
5. José fue un hombre de Dios, un hombre de fe, un hombre de obras. Según Mateo, es a la manera del patriarca Abraham y los grandes profetas que se jugaron sus proyectos de vida en aras de encarnar la vocación recibida en donde mensaje y mensajero se identifican. A diferencia de estos, José es un profeta sin pronunciar palabras verbalmente, el hombre del silencio entre las obras. No necesita pronunciar palabras porque su vida es mensaje vivo del Dios viviente que anuncia la llegada de la Palabra encarnada y cómo debe ser acogida y protegida. Es el profeta que anuncia un Dios que es Padre y que ama, más allá de la biología, a cada uno en particular, y se compromete eficazmente con la vida de los indefensos de la tierra.
6. Y, según el testimonio de Lucas, José es un hombre creyente muy cercano a nosotros porque en este Evangelio José no recibe ninguna visita angélica para comprender y asumir su vocación. Y, por tanto, puede pensarse que mantiene un trato mediatizado con Dios por medio de sus mensajeros de carne y hueso, propuesta que nos ofrece una figura de san José como modelo de creyente cercano de las historias humanas de todos los tiempos y de todas las culturas.

Referencias

- Aland, K. et B. ; Karavidopoulos, J. ; Martini, C. M. ; Metzger, B. M. (Eds.). (1993). *Novum Testamentum Graece*. Vigésima Séptima Edición. Deutsche Bibelgesellschaft.
- Boff, L. (2007). *San José, padre de Jesús en una sociedad sin padre*. Presencia Teológica 162. Sal Terrae.
- Bovon, F. (2005). *El Evangelio según San Lucas. Lc 1–9*. Vol 1. Segunda Edición. Biblioteca de Estudios Bíblicos 85. Ediciones Sígueme.
- Brown, R. E. (1982). *El nacimiento del Mesías. Comentario a los Relatos de la Infancia*, Biblioteca Bíblica Cristiandad. Ediciones Cristiandad.
- Brown, R. E. (1999). *El Evangelio según San Juan I-XII. Introducción, traducción y notas*. Ediciones Cristiandad.
- De Santos Otero, A. (2003). *Los Evangelios Apócrifos. Colección de textos griegos y latinos, versión crítica, estudios introductorios y comentarios*. Décima Edición. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Del Valle, C. (Ed.). (2003). *La Mishná*. Biblioteca de Estudios Bíblicos 98. Sígueme.
- Estes, D. J. (2011). *Ascolta figlio mio. La pedagogia del libro dei Proverbi*. Studio di Teologia Biblica 2. Edizione GBU.
- Fitzmyer, J. A. (1987). *Lucas II*. Cristiandad.
- Francisco (2020). *Carta Apostólica Patris Corde con motivo del 150.º aniversario de la declaración de San José como Patrono de la Iglesia Universal*. https://www.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco-lettera-ap_20201208_patris-corde.html

- García López, F. (2001). *El Deuteronomio. Un Ley predicada*. Cuadernos Bíblicos, 63. Quinta edición. Verbo divino.
- Gómez Fernández, A. (2021). *Tras las huellas de José. Ícono del Padre y Guardián del Arca*. Segunda Edición. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Gnilka, J. (1998). *Marco*. Terza edizione. Commenti e studi biblici. Cittadella Editrice.
- Juan Pablo II (1989). *Redemptoris Custos. Exhortación Apostólica sobre la figura y la misión de San José en la vida de Cristo y de la Iglesia*. http://www.vatican.va/content/john-paul-ii/es/apost_exhortations/documents/hf_jp-ii_exh_15081989_redemptoris-custos.htm
- León-Dufour, X. (1982). *Estudios de Evangelio. Análisis exegéticos de relatos y parábolas*. Academia Cristiana. Ediciones Cristiandad.
- López González, P. (2020). José de Nazaret: Mt 1–2 y sus efectos en la tradición viva de la Iglesia. Excerpta e Dissertationibus in Sacra Theologia. *Cuadernos doctorales*, 69, pp. 81-160.
- Luz, U. (1993). *El Evangelio según San Mateo* (Vol. I). Biblioteca de Estudios Bíblicos 74. Sígueme.
- Mancuello González, W. y Medina Cristaldo, C. (2020). San José en la Sagrada Escritura y en la espiritualidad. *Cuestiones Teológicas*, 47 (108), 19-39. <https://doi.org/10.18566/cueteo.v47n108.a02>
- Mancuello González, W. (2010). *La importancia de la Palabra humana en el libro de los Proverbios*. Senderos Bíblicos.: San Pablo.
- Marcus, J. (2000). *Mark 1-8. A New Translation with Introduction and Commentary*. Doubleday.

- Muñoz Iglesias, S. (1990). *Los Evangelios de la Infancia IV. Nacimiento e infancia en San Mateo*. Biblioteca de Autores Cristianos.
- Noguez Alcántara, A. (2018). *El nacimiento de Jesús según Mateo y Lucas. Narradores, intérpretes y evangelizadores*. Verbo Divino.
- Perrot, Ch. (2000). *Los relatos de la infancia de Jesús. Mt 1-2, Lc 1-2*. Cuadernos Bíblicos 18. Verbo Divino.
- Prato, G. L. (1989). *Giovani e anziani: Il quarto comandamento e la tradizione sapienziale*. En M. Gioia (Ed.), *I giovani nella Bibbia* (pp. 127-153). Studio Biblico Aquilano 8. Dehoniana.
- Pedroli, L. (2019). “Tu gli porrai nome”. San Giuseppe e la paternità. *Anthropotes*, 35, 60-61.
- Rossé, G. (2001). *Il Vangelo di Luca. Commento esegetico e teologico*. III Edizione. Città Nuova Editrice.
- Ska, J.-L. (2015). *El Pentateuco: un filón inagotable. Problemas de composición y de interpretación. Aspectos literarios y teológicos*. Estudios Bíblicos 53. Verbo Divino.
- Stock, K. (1999). Giuseppe, padre di Gesù secondo la Legge, *Parola Spirito e Vita*, 39, 87-99.
- Vanni, U. (2001). La Sagrada Familia en el Evangelio de Infancia de Lucas. En N. Calduch-Benagues (Ed.), *La Sagrada Familia en la Biblia* (pp. 139-147). Desclée de Brouwer.